

EL OBSERVADOR.

Boletín.

Amaneció por fin el gran día de España, aquel día que principia una era nueva que debe enjugar tantas lágrimas, cicatrizar tantas y tan profundas heridas, y dar ensanche á las alas de las mas halagüeñas esperanzas. El 24 de julio de 1834, será un día aparte, grande, solemne en los futuros fastos de la historia de una nacion, á la cual en recompensa de sacrificios y heroismo solo han cabido en suerte la desgracia, la opresion y el abatimiento. Hoy se renuevan las glorias de aquella nacion. Hoy se ha sancionado el triunfo de la ley sobre el cadaver del yerto despotismo. Hoy la augusta y generosa Reina Gobernadora ha llamado alrededor de su trono aquellos de entre los españoles, cuyos méritos relevantes y el voto de la nacion eligieron para que cooperasen con ella á la grande obra de la regeneracion patria. Hoy esa misma Cristina prestó aquel sagrado juramento á Isabel II y al Estatuto que debe ser la piedra fundamental de nuestra futura felicidad. Pluguiera al cielo que un día tan grato á los españoles no conociese ni la mas leve sombra de la desgracia, que á los sinceros votos de amor, á los entusiasmados vivas, que poblaban el aire, no se mezclasen los ayes del dolor. Empero el monstruo asolador que con plena mano derrama su veneno sobre este pueblo, ha impedido que se reuniese aquel brillante y extraordinario concenso que de otro modo se hubiera hoy agolpado en la capital de las Españas. Sin embargo, un día tan fausto, á pesar de las lamentables circunstancias que le rodeaban, ha ofrecido al observador un aspecto mil veces mas brillante del que se podia esperar. El pueblo ha demostrado su entusiasmo del modo mas claro y halagüeño. La carrera por donde debía pasar S. M. la Reina Gobernadora estaba llena de gentes de todas clases, ansiosas de ver el tierno espectáculo que presentaba esta buena madre del pueblo, despreciar los riesgos á que la esponia el mal estado de salud de la capital, y pasar por medio de las bendiciones de los españoles para ir á abrir el templo de las leyes cerrado por tanto tiempo. S. M. iba rica y elegantemente vestida, y á su bello rostro asomaban las virtudes que la adornan y la satisfaccion que le cabia de hacer el bien de la nacion. Difícil seria describir el grandioso y magestuoso aspecto que ofrecia el salon de los Próceres: en él se hallaban reunidos los dos Estamentos, la representacion nacional en fin, y al tender la vista por las diferentes personas que componian tan ilustre asamblea, no podian menos nuestros ojos de arrasarse en lágrimas de gozo al observar sentados en el santuario de las leyes á aquellos hombres que poco ha veiamos prófugos y espatriados mendigar el asilo extranjero.

Doloroso nos es por cierto, al hablar de acontecimiento tan fausto como deseado, tener que referir la conspiracion que hombres mal hallados con el sosiego pretendian hacer estallar en este día para envolvernos en nuevas calamidades. No les habia bastado á estos hombres obcecados el reciente ejemplo de lo acaecido en el año de 1823. No les habia bastado haber visto que el despotismo seguia inmediatamente sus huellas, y que los que promovieron los fatales acontecimientos que desacreditaron nuestra naciente libertad, eran los agentes mas acérrimos del fanatismo y de la inquisicion política que ha pesado durante once años sobre la desgraciada España. No entremos mas en materia sobre este asunto, porque hasta ahora carecemos de datos positivos para explicarnos con aquel tino que exige un asunto tan delicado.

En la salud pública se observa una mejora sensible. El pavor que dominaba á esta capital va disipándose: lo que es sumamente grato, siendo el terror y la confusion que éste trae consigo uno de los auxiliares mas eficaces del cólera.

La espulsion del Pretendiente de Portugal habia en cierto modo sepultado su nombre en el olvido, sin embargo, este sonido ominoso ha vuelto á herir desagradablemente nuestros oidos. Cualquiera tentativa de su parte es descabellada cuando la ley, la justicia, y el voto de la nacion le escluyen del trono. El aproximarse, mas diremos, el aparecer en el mismo foco de la faccion podria causar trastornos, hacer verter mas sangre, envolver á la España en nuevas desgracias; pero nunca podria causar la menor alteracion en nuestro sistema, mucho menos en la sucesion legítima que hemos reconocido. La España si necesario fuese se pronunciaría con nuevo vigor, y aunque en manos de la Reina Gobernadora esté hacer uso de los poderosos auxilios que la cuádrupla alianza la ofrece, bastarán los esfuerzos de la nacion para dar fin á la guerra civil que nos aqueja.

Noticias estrangeras.

RUSIA.

(CORRESPONDENCIA PARTICULAR.)

Londres 5 de julio. Estado de la hacienda en Rusia. —Des-

contento de la nobleza rusa. — Los estudiantes, los negociantes del imperio. — Estado de las provincias.

Para apreciar bien los discursos financieros de la Rusia, los esfuerzos que hace para aumentarlos, y hasta qué punto lo consigue, será preciso combinar los hechos siguientes:

1.º Todo el mundo ha oido hablar del empréstito de 300,000 rublos ó francos que la Rusia ha querido contratar y las dificultades que se han presentado para la ejecución de este proyecto. Las condiciones ofrecidas por los banqueros eran tan gravosas que el gabinete de San Peter-burgo no podia suscribir á ellas á pesar de todos los embarazos. Mas adelante explicaron el pedido de este empréstito por la posibilidad de una sequedad en 1834; pero se verá por lo que sigue que independientemente de toda sequedad futura existen ya embarazos en su hacienda muy graves.

2.º Con el solo objeto de llenar sus cajas acaba de confiscar la Rusia los bienes de los jesuitas en Polonia, cuyo valor puede graduarse en 100 millones de rublos (francos). Solo una parte muy pequeña de las rentas de estos monasterios ha sido destinada, por orden del gobierno á la educacion de la juventud; pero esta disposicion no es mas que un pretexto, porque segun el presupuesto de instruccion pública, los fondos de las escuelas son mas que suficientes para todas las necesidades.

3.º La confiscacion de los bienes de los emigrados polacos debe aplicarse del mismo modo. Estas confiscaciones no se han limitado á las que han sido anunciadas: citaré con este motivo algunos ejemplos curiosos que demostraran hasta qué punto la Rusia independientemente de sus resentimientos políticos, se ha dejado llevar por el interés de su hacienda desastrosa.

El diputado polaco Mr. Slabicki habia aceptado la amnistia. Despues de seis meses que habia vuelto á Polonia sin dar lugar á ninguna queja, recibió orden de ir á Varsovia donde le hicieron saber que se le habia permitido pasar la frontera por equivocacion. A reclamacion suya se le permitió quedar en el pais, pero añadiendo que la orden de confiscacion de sus bienes se llevaria á efecto.

El senador Wodzinsky y el general Casimiro Skarzinski á pesar de que uno y otro habian tenido durante la revolucion una conducta muy moderada, y que no se hallaban comprendidos en ninguna de las categorías de los sujetos amenazados con un destierro perpetuo, vieron sus propiedades, que eran muy considerables, confiscadas para engrasar el tesoro del imperio.

4.º Hace poco tiempo se ha impuesto una contribucion de diez millones á la Polonia. Los oficiales rusos recorren actualmente el pais para obligar á los habitantes á su pago: para que entrase el dinero mas pronto en el tesoro han obligado á la ciudad de Varsovia á desembolsarla por el pais con anticipacion.

5.º A pesar de las confiscaciones que ascienden ya á muchos centenares de millones, y en desquite de las demas medidas el tesoro ruso se halla en el peor estado. Las rentas ordinarias no entran facilmente. El comercio de Asia, tan lucrativo en otro tiempo para la Rusia, les produce en el día mucho menos. El gobierno lo ha reconocido en una publicacion que no creia sin duda atraeria la atencion del extranjero; no pensando mas que en evitar los denuestos de sus vasallos, ha echado la culpa á los negociantes, que no saben, dice, luchar con la concurrencia de los demas pueblos.

Me he limitado á citar hechos de que podrán sacarse consecuencias útiles. Lo mismo haré hablando en la segunda parte de mi carta de los descontentos que reinan en Rusia y que se agrava por las medidas recientes del gobierno.

La nobleza rusa estaba descontenta hace mucho tiempo. La corte se esforzaba de tenerla en una estrecha dependencia: la obligaba á tomar empleos que muchos hombres ricos ó de un carácter independiente no querian; llenaba de disgustos á los que manifestaban alguna oposicion. Los que no aceptaban empleo ó no eran por lo menos subyacentes ó censores colegiados, no podian parecer en la corte ni votar en las asambleas nobiliarias. Muchas medidas recientes han añadido á esta severidad. El derecho de poder pasar toda su vida en el extranjero, este derecho que los nobles miraban como su principal privilegio, lo han perdido: en lo sucesivo se les limita el tiempo de su ausencia por las órdenes del gobierno; no se concederán pasaportes sino segun la corte lo quiera, y las propiedades de los que se opongan pasaran á otras manos. No es esto todo: los nobles rusos tenian un placer en hacer educar sus hijos en el extranjero, aunque no fuese mas que porque en Rusia pasan por mal educados los que no han recibido su educacion fuera del pais: cuando habia algun inconveniente llamaban cerca de sí preceptores extranjeros: esta facultad se les ha quitado tambien á lo menos en parte. Los preceptores no obtendrán en adelante la autorizacion para poder dar la educacion, sino despues de haber pasado cinco años en Rusia, y estan ademas obligados á enseñar en lengua rusa.

Los estudiantes se hallan igualmente bajo la férula. Se les acusa de haber adoptado nuevas ideas de las universidades estrangeras. Para que semejante cosa no vuelva á suceder, se les ha prohibido frecuentar en lo sucesivo mas que las academias rusas. No están exentos de esta prohibicion ni aun los jóvenes de la Curlandia y la Livonia, á los que son desconocidos los idiomas esclavones. Los primeros no pueden salir del pais sin la autorizacion firmada de mano del emperador. Una ordenanza (ukase) amenaza á los padres y tutores de la mayor responsabilidad sino impiden que sus hijos ó pupilos vayan á estudiar al extranjero. ¿Quién se atreverá en lo sucesivo á pedir el permiso imperial? Este pedido solo bastaria para hacer sospechosas familias enteras.

Los comerciantes rusos empezaban á ser tambien vigilados. Un hecho que Mr. Meden no desmentirá, es que á uno de estos comerciantes llamado últimamente á la embajada rusa en una de las capitales del Oeste, se le echó una buena reprimenda por haberse alejado tanto de su pais. Que me quiere? respondió el

comerciante. yo no soy ni noble ni estudiante. Le aconsejaron sin embargo, abreviar su estancia, conviniendo sin embargo que ningún cargo particular se le podia hacer.

Las provincias rusas no estan tan satisfechas como lo parecen en las columnas del *Diario de San Petersburgo*, ó segun alguno de los periódicos de Alemania. Las provincias polacas cuentan catorce millones de habitantes. Es mas de la cuarta parte de la poblacion de este vasto imperio. ¿Puede suponerse que estas provincias en su caso no se acuerden de su antigua nacionalidad y de la alta gloria del nombre polaco?

Las tribus guerreras del Cáucaso traen con coraje el freno de la Rusia. Son numerosos. Puede ser que en Inglaterra las conozcamos mejor que en Rusia mismo, que no saben calcular el número de sus enemigos del Cáucaso: tan inaccesibles son aun las montañas á los vencedores, que en sus cartas geograficas las ponen entre las posesiones del imperio.

Las colonias militares han excitado mas de una vez los temores de la Rusia. Despues de la revolucion de Polonia, despues de esta victoria del imperio, las colonias han manifestado su descontento. Por un lado la Polonia, por otro las colonias, al Medio-día el Cáucaso, al norte la Finlandia.

P. D. Uno de los polacos que han participado de la última expedicion aventurera de su pais, acaba de escapar como por milagro de las manos de sus enemigos. Habia ido á Polonia el año último con el pequeño número de patriotas atrevidos dirigidos por Zaleski. Preso por los rusos debia sufrir la suerte de Vollovitsch que fue ahorcado en Brodno, cuando una orden del emperador previendo de la agitacion que resultaria en la Polonia conmutó la pena de los presos, en lugar de ser ahorcados. Mr. Szymonski y sus compañeros debian ser trasladados para siempre á la Siberia. Al llegar á San Petersburgo Mr. Szymonski oyó que habia países donde la existencia seria mas dulce que en medio de los hielos asiáticos. Con esta conviccion buscó el medio de salvarse. Consiguió llegar á Cronstadt donde un generoso capitán de barco le recogió á bordo. Mr. Szymonki está en la actualidad en Paris en medio de los refugiados sus compatriotas que lloraban ya la muerte de este joven. (*Constitutionnel*).

Revista de periódicos.

Eco del Comercio.—En las crisis políticas se prueba el patriotismo y que los españoles no carecen de él: se manifiesta en que á pesar del estado de la nacion, sin duda harto funesto, y á pesar de obstáculos muy grandes se halla formada por tercera vez una Milicia de patriotas donde se han inscrito personas de todas clases, aun de las mas respetables, se han hecho las elecciones de Procuradores muy á gusto de los buenos, y los elegidos dejan sus casas, y vienen á un pueblo que sufre una cruel epidemia. Todo contribuye á probar que aun tiene España varones ilustrados, patriotas virtuosos, y que aun es tiempo de esperar que se restablecerán en su brillo todas las virtudes cívicas de la heroica nacion española.

El Mensajero de las Cortes.—Es necesario convenir en que la viva impaciencia con que se deseaba la llegada del 23 de julio, y el placer con que se ve todo pronto para la solemne apertura de las Cortes, es una señal clarísima de lo mucho que la nacion se promete, y que en las Cortes tiene todas sus esperanzas. Por fin llegó este día: la Reina Gobernadora despreciando heroicamente el peligro de la enfermedad que domina viene á la capital, va á la nacion española, en nombre de su augusta Hija: va á hablar á esta Nacion que en el discurso de once años no oyó mas voz que la de un Calomarde por el órgano de satélites feroces, dignos instrumentos de una absurda tiranía, á esta nacion pobre, abatida de tanto padecer, dividida en opiniones, despedazada por sacudimientos de 26 años, que á toda prisa pide leyes, libertad, recobro de su crédito, consideracion entre los estrangeros y creacion de la riqueza pública. Ojalá los españoles vean por las obras que no en vano deseaban con tal causa la celebracion del Congreso.

La Abeja.—Empieza con una oda al 24 de julio, é inserta algunos documentos relativos á la causa de conspiracion seguida contra Estéfani y consortes, donde entre otros oficios se incluye la declaracion de dos vecinos de esta corte, que seducidos por Estéfani, y mantenidos por él con 8 reales diarios, estuvieron reunidos á la faccion del Locho hasta que se acogieron al indulto.

La Revista española.—Congratulándose por la próxima apertura del Congreso, dice cuan necesario es que por una parte se evite la actitud que solo produce la exasperacion, y que por otra haya la docilidad suficiente para sacrificar el amor propio y la opinion particular, conviniendo voluntariamente en que hubo error en ella, si es que le hubo, pues como dice un autor célebre, mas gloria consiguió S. Agustin con su libro de las Retracciones, que con otros muchos escritos llenos de doctrina y sembrados de agudezas de pasmoso ingenio.

Parte oficial

MADRID 24 DE JULIO.

Partes recibidas en la Secretaría de Estado y del Despacho de la Guerra.

El capitán general de Castilla la Vieja con fecha 19 del presente comunica á este ministerio lo siguiente: "El comandante de armas de Soria con fecha del 14 me da parte de haber llega-

do á su noticia que en los pueblos inmediatos á aquella capital se presentaban algunos dispersos, con cuyo motivo dispuso reunir sus fuerzas, formando una columna de 70 hombres de infantería y 26 caballos, parte de estos del escuadrón de Isabel II y del resguardo de real hacienda, los que llevaban á su cabeza la intendente de la provincia, dirigiéndose la espresada columna al pueblo de Sotillo, en donde segun aviso se hallaban los facciosos en número de 20 á 24 hombres; estos al aproximarse las tropas huyeron precipitadamente al monte, donde fueron cargados por las fuerzas de S. M. la Reina, á pesar de lo escabroso y cerrado de dicho monte, siendo el resultado haber abandonado los caballos, armas, ropas y víveres, ocultándose en la espesura, continuando cuatro la fuga á caballo, de los cuales uno se vió precisado á abandonarlo, igualmente que el sable, para ocultarse como los anteriores. Los despojos recogidos son cuatro caballos, dos mulas, varios víveres y ropas, habiendo sido muy importante la interposición de esta columna, pues que obligándolos á tomar diferentes direcciones han sido aprehendidos por los pueblos, habiendo cogido en Fuentes de Magaña tres prisioneros, dos mulas y dos caballos, incluso parte del equipage de Basilio; en Fuente Pinilla han caído en poder de los urbanos de Berlanga, nueve caballos y un prisionero; dos vecinos de Fuentesnueva han cogido un oficial y dos caballos, y los de Narros dos yeguas y un caballo. Dios etc.

El comandante general de la provincia de Soria con fecha 19 del corriente da el parte que sigue: "Tengo la satisfacción de manifestar á V. E. que los pueblos me están continuamente presentando prisioneros de los dispersos de la orgullosa facción de Cuevillas y Basilio, y que en vista de los muchos fugitivos que vagan por esta parte de provincia, dispuse saliesen varias partidas de infantería y caballería, las cuales todavía no han regresado, pudiendo asegurar á V. E. que por ahora ha quedado todo esto tranquilo, excepto lo de la sierra, en cuya persecucion anda el coronel D. Saturnino Albain. Dios etc.

Por extraordinario que acaba de llegar de Francia se ha sabido la caída del mariscal Soult, ministro de guerra y presidente del Consejo. Se habla del mariscal Gerard como sucesor. Creemos que en caso que le suceda solo será en el ministerio de la guerra y no en la presidencia del Consejo, bien que esta presidencia no era mas que nominal en las manos del mariscal Soult. Así no creemos que el sistema ha variado con su caída que no sabemos á que atribuir sino es á algun altercado que haya tenido con el ministro de Hacienda. Es preciso acordarse que en la última sesión á no haber acarreado las ocurrencias de Leon, la cámara no hubiera votado los créditos suplementarios para el ejército, de que hacia tan frecuente pedida el mariscal Soult.

—El venerable presidente interino del Estamento de Procuradores el señor obispo de Murcia, así como el señor obispo de Mallorca, acaban de ser elevados á la dignidad de Próceres del Reino.

—El señor conde de Almodovar ha sido nombrado mariscal de campo. Estas gracias de la Reina Gobernadora llenarán de alegría á todos los buenos españoles.

—Ayer á las cinco de la tarde ha sido preso en la calle de Cedaceros un sujeto llamado Abiránita que se titulaba secretario de la sociedad de Isabelinos, en cuyo poder se han hallado una lista de nombres, varios documentos y otros elementos de conspiración que han dado motivo á la prision entre otros de los señores Calvo de Rozas, Palafox, Berrezas Juan Vanbaleu, Romero Alfuentes, Olabarria y Alejandro O'donnel.

—Mañana ofreceremos á nuestros lectores una lista exacta de los señores Procuradores que han asistido á la apertura de las Cortes, de los que han faltado por enfermedad, y de los que todavía no se han presentado en la capital. Justo es que la nación conozca quiénes son los hombres que no han vacilado en hallarse en el punto donde el deber los llamaba, y quiénes los que la pusilanimidad, el interés ó la indiferencia aleja todavía del recinto de las leyes.

En el Boletín de medicina, cirugía y farmacia del día de ayer, se lee lo siguiente:

Causa horror oír á los viajeros que vienen de las provincias atacadas del cólera, la relación de las vejaciones que han sufrido durante su viaje de parte de algunos pueblos. Ha llegado el temor de estos hasta el extremo de no permitir que los viajeros se acerquen á ellos ni á ninguno de sus habitantes en mucha distancia, amenazándolos con armas de fuego si se aproximaban á implorar los precisos recursos para apagar la sed y hambres que los atormentaba, y dejándolos en el mas afflictivo abandono en medio del campo. Estas desgracias son irremediables por mas que se esfuerce el gobierno para evitarlas, sino se procura combatir la errada opinion en que estan los pueblos de que el cólera, es eminentemente contagioso. Vean ahora el fruto de su tenacidad aquellos que antes de haber observado la enfermedad en cuestion, y contrariando la opinion de los que la veían y observaban, se empeñaron en sostener que era eminentemente contagiosa, aterrando de este modo el espíritu de gobernantes y gobernados, y siendo causa de las ruinosas providencias que en el año anterior se tomaron en Andalucía, y que al presente se apresura á revocar el ilustrado gobierno que nos rije, convencido de sus incalculables perjuicios, y sobre todo de que, lejos de servir para contener los progresos del mal, le dan pábulo, alterando la imaginacion, que es el verdadero vehiculo del supuesto contagio.

Por poco que se haya meditado sobre la organizacion social del género humano, por escasos que sean nuestros conocimientos en la historia de sus progresos, es imposible ignorar que esta organizacion no ha sido siempre la misma, que han sido casi siempre diferentes sus principios, su temple, su naturaleza. Las circunstancias de cada nacion y de cada época han determinado en todos tiempos la índole de los gobiernos, el predominio de las clases, la emancipacion del mayor número, el poder absoluto de los tronos. La fuerza de estas circunstancias ha sido siempre inmensa, su influjo insuperable, y los cambios del estado social proporcionados á su diversidad y energia. El feudalismo fue una conse-

cuencia inevitable de la posición de los bárbaros del norte en las tierras del imperio: el poder de los comunes nació por necesidad de la lucha de los tronos y de la aristocracia, y el poder absoluto de los reyes se levantó sin esfuerzo entre las divisiones de la nobleza y del pueblo; siempre que las circunstancias alteran el modo de existir de una nacion, alteran tambien su régimen político, su constitucion. Si las circunstancias favorecen á los tronos, la organizacion social presentará la forma monárquica, la aristocrática, ó democrática segun que favorezcan á las clases ó al mayor número, y la mezcla de estas tres formas mas ó menos pronunciadas, si contrabalancean los poderes y equilibran las resistencias. Porque no hay que dudarlo; cualquiera causa, cualquiera circunstancia que aumente los medios de accion, el poder material de una clase del estado, aumentará necesariamente su influjo político y determinará por precision un cambio en que la sancion legal vendrá mas tarde ó mas temprano á ponerse al lado del mas fuerte.

Estos cambios son por lo general las grandes crisis de los cuerpos políticos, los periodos mas difíciles de su existencia, y aquellos sobre que el hombre público debe fijar principalmente su atención, ya sea para evitarlos, ya para promoverlos, ya para dirigirlos. Su naturaleza debe ser por lo mismo conocida. Generalmente se verifican de dos modos harto diferentes: si el poder de una clase se aumenta progresivamente, si el peso con que carga en la balanza política se acumula lenta y sucesivamente en uno de sus brazos, como regularmente sucede, el cambio de posición, el descenso será tambien suave, lento y proporcionado á la gravedad, con tal que pueda verificarse libremente y sin obstáculos. Mas si una fuerza facticia le retarda ó detiene, las gravedades acumuladas en exceso vencerán por último la resistencia, el movimiento será impetuoso, pasara mas allá del término del equilibrio, y tendremos lo que se llama una *revolucion*, es decir, una mudanza rápida, una traslacion de poder súbita repentina.

Por fortuna estos cambios se hacen las mas de las veces lentamente, porque así se aumenta el poder de la clase que prepondera y se vencen las resistencias contrarias; mas al cabo de cierto tiempo la mudanza se completa, y el resultado es el mismo que en un cambio repentino, porque el tiempo es el mayor de los revolucionarios. Pero aunque el resultado sea esencialmente el mismo en ambos modos de *revolucionar*, no lo es inmediatamente: cuando el exceso mismo de la fuerza determina el movimiento contenido, es este mas impetuoso y violento; hay oscilaciones, vaivenes y trastornos en la balanza política, ruinas y calamidades en las naciones. Todo hombre de estado amante de su patria debe por lo mismo saber que su ciencia solo consiste en evitar estos tránsitos violentos, no conteniendo el movimiento sino cediendo á él, no contrariándole sino dirigiéndolo: la observacion le dirá cual es la tendencia de la sociedad que dirige, y el íntimo convencimiento de las fuerzas y de las resistencias, el punto hasta donde se debe llegar y del que no puede pasarse.

El gran problema de gobierno está, pues, reducido á una simple cuestion de hecho; á averiguar la tendencia de la sociedad y del siglo en que vivimos; una vez conocida, no hay mas remedio, no hay mas camino que conducirla en su direccion, y procurar que no se estravíe. Porque este no es un cálculo de conveniencia, sino de necesidad. Querer oponerse al torrente seria aventurarse á ser arrastrado por él; y Holy-Rood y Ham manifiestan á donde conduce necesariamente empeño tan temerario.

Pero y ¿cuál será en el día la tendencia de las sociedades europeas? unas cortas y rápidas observaciones nos lo harán facilmente conocer.

El siglo se ha dicho está en marcha: esta espresion dice poco; quien lo está es el género humano, y no desde un siglo ni dos, sino desde su primera existencia. El hombre atende sin cesar á mejorar su suerte y lidia *vencedor* unas veces y otras vencido con los obstáculos, pero lidia siempre. Es cierto que en muchos siglos pareció la especie humana sumida en el abatimiento y la inaccion; sin embargo, no era así: ella luchaba sin cesar con sus males, y si no adelantaba procuraba á lo menos no retrogradar.

Del caos de los tiempos fabulosos de la mitología, vemos salir los vencedores de los monstruos y tiranos, los héroes y los semidioses; de estos nacen los reyes, y las famosas repúblicas de la antigüedad se elevan sobre las ruinas de los tronos que se habian hecho opresores. ¿Quién podrá dudar que la gran revolucion que sujetó después á los romanos la mayor parte del mundo conocido, no fué un beneficio inmenso para la especie humana? Los mas remotos climas se comunicaron; las naciones mas bárbaras conocieron las artes y las ciencias; la civilizacion y la cultura, y los celtas y sicambros aprendieron el lenguaje en que Virgilio escribia sus inmortales versos, y en que Livio, Séneca y Tácito daban las lecciones mas saludables de política y de moral. Los bárbaros del Norte se presentan; la ignorancia y el favor los acompañan, y tras de sus pisadas solo se ve destruccion y ruinas: la especie humana no hay duda retrograda. ¿Ir á volverse á los antiguos tiempos, á los bosques y selvas de sus antepasados? Nada menos que eso. La tendencia del hombre á marchar hacia su perfeccion aun se percibe: en medio de los trastornos y de las revoluciones, de las guerras y de los estratinos, se organizan nuevos gobiernos, se crean nuevas instituciones; la escena de la civilizacion se agranda, se desarrollan nuevos gérmenes de prosperidad, y se idean principios de conducta desconocidos á los antiguos y nuevos móviles del corazón humano. El honor, el benéfico honor nació en este tiempo.

Verdad es que el cielo, si podíamos espresarnos así, tendió

la mano al hombre en este gran naufragio: el cristianismo suavizó las costumbres, estableció la igualdad ante el ser supremo, dogma precursor del de la igualdad ante la ley, predicó la moral mas pura y acabó por último con la esclavitud en que gemia la mayor parte de la especie humana.

¿Qué importan desde entonces los obstáculos que á la marcha triunfal de la razon y de la perfectibilidad oponen los usos feudales, la supersticion, el espíritu de conquista y las rivalidades ridículas de los gobiernos y los pueblos? Poco ó nada. La brújula se descubre y con ella un nuevo mundo que agranda de mitad la especie humana, su riqueza, sus conocimientos: se inventa la imprenta que asegura para siempre la permanencia de las luces y la supremacia de la razon, y se halla la pólvora que acaba de arrancar el cetro á la bárbara rusticidad y de sujetar la fuerza física á la inteligencia, el brazo á la cabeza.

Acontecimientos tan maravillosos, tan sorprendentes, juntos á sus inmensas consecuencias, imprimieron en la especie humana un movimiento tan acelerado hacia su perfeccion que nada es ya capaz de contener. La fuerza pasó del lado de la inteligencia, la inteligencia se hizo el patrimonio del mayor número, y la voluntad y deseos de éste, no pueden ya menos de ser y de dar la ley. Estos deseos, esta voluntad no pueden desconocerse.

Después de los adelantos inmensos del comercio, de la produccion de las artes y de las ciencias, el hombre se ha fijado en los adelantos sociales, y parece ocupado casi exclusivamente de esta idea hace medio siglo. Desde esta época todas las guerras, todas las discusiones, todos los discursos, todos los proyectos tienen por objeto aquellos adelantos, y ni las resistencias, ni los desastres, ni los ensayos desgraciados han podido entibiar el ardor con que camina á la consecucion de sus proyectos. Seguro de su triunfo y del resultado final de sus esfuerzos, nada es capaz de contenerlos, aunque quizá no es difícil dirigirlos: es un torrente imposible de contrarrestar, pero fácil de conducir por cauces oportunamente abiertos.

Se equivocan los que toman por causa de este movimiento á la revolucion francesa: ella no fue mas que uno de sus mas notables resultados, y en el modo con que se condujeron algunos de sus periodos, uno de sus mayores obstáculos. El triunfo de Robespierre y de sus inmundos Sicarios, hizo olvidar por algun tiempo la gloria para de Washington y de Franklin, y el terror con su desastroso aparato, señalado como término de las tentativas hacia la libertad, contuvo durante muchos años á los admiradores del régimen americano. No negaremos por eso la gran influencia de la revolucion de Francia, ya como acontecimiento, ya como experiencia: ella en sus mismos furiosos quebrantos en muchas partes los antiguos yerros, é hizo en todas conocer los escollos de la nueva carrera, ventajosa ambas de un precio infinito.

La especie humana, pues, quede sentado está en plena marcha hacia su perfectibilidad en la carrera de los adelantos sociales, hacia la libertad: esta idea es casi la única que la preocupa; es el centro á donde se dirigen todos sus esfuerzos, es el ara en que ha sacrificado las antiguas afecciones. Como toda gran fuerza ha puesto en movimiento, hacia la direccion en que camina, cuanto la circunda y rodea; todo lo ha hecho coadyuvar á la consecucion de su gran empresa, y es ciertamente de ver como las artes, las ciencias, la literatura, el comercio, y en una palabra, cuanto tiene vida, se han alistado en las banderas de la política y han ido á engrosar las filas del movimiento.

Las artes claman por un régimen de libertad, sin el cual protestan que no pueden hacer progresos: las ciencias todas se han confinado, digámoslo así, para hacer ver la justicia, la necesidad de que el hombre recobre la dignidad perdida; la lira de Anacreon entona cánticos á la libertad, y la trompa de Homero y de Sófoles solo celebra á los vencedores de los monstruos y tiranos.

En vano se ha tratado de oponer á este movimiento la fuerza física, los recuerdos históricos, la rivalidad de los pueblos. Las bayonetas se han hecho pensadoras, y han vuelto sus puntas contra los enemigos de los pueblos: las afecciones históricas hacia determinadas familias han desaparecido: si estas familias no entraron en el movimiento y la rivalidad de los pueblos, ha sido de todo punto borrada: el francés y el inglés, el portugués y el castellano se miran como amigos, como hermanos si son de un mismo modo de pensar en política los miembros de una misma familia, los padres y los hijos son enemigos si sus opiniones en punto tan esencial son diversas.

Los viejos sistemas del equilibrio de las potencias son hoy casi ridículos; el azote mismo de las conquistas no inspira á nadie terror: activar ó contener el movimiento social, es hoy día el único, el esclusivo objeto de los potentados y sus inmensas legiones, mas que á los que se llaman sus generales y caudillos, obedecen y sirven á un principio político. Todo se resiente de la tendencia de los ánimos: la menor ocurrencia en un pueblo, en una nacion cualquiera se reviste del carácter político: una invasion no es una conquista sino la proclamacion de un nuevo sistema social, y una guerra de sucesion se convierte en una guerra de principios.

El mundo político se halla dividido en dos campos alistado en dos banderas: el uso de los partidos dirige, activa, apresura el movimiento social, el otro le contrarresta y combate. ¿De quién será la victoria? Esto no puede ya dudarse. El movimiento gana continuamente, la resistencia pierde y se disminuye: generaciones nuevas, ricas de experiencia y de saber, engrosan sin cesar las filas de la reforma, la muerte destruye todos los días los mas firmes apoyos del régimen estacionario, y sus mas fuertes posiciones son tomadas por asalto. No hay remedio, la victoria se

declara casi
tad, y aun
grandes ries
ser dudoso.
toda su int
debilitado?

Observa
la lucha: l
de la tierra
precioso, e
ellas, la fa
tiránias, la
de la Suiza
gozase alg
y moribund
que estabi
nor idea d
hombre no
mover al m
za superior
llo de la r
des eternas
ta entonces
curos en m
contrados,
atenciones,
cieron fern
desconocid
que en pon
al hombre
norte se de
gueno cor
la electrici
fuego ocul
dominante
convenient
ble. La Fr
privilegiad
pueblo, á
vivamente
conjuran co
asociar á s
revolucion
poderosos
cion le su
sa: los hom
do el movi
tes, estos
sus princip
dola en un
es peor, de

¿Pero
detener el
lítico de
inutilidad
tener la p
libertad se
prodigioso
ta al mun
El ho
no la just
al torrente
dieron año
sados goce
aparecido
ya que su
oligarquia
alianza qu
la hidra d
cortarle h
Trazad
dencia in
guir; to
mente en
combinaci
sus pasos
esta causa
da está ab
se que po
mil precip
dos sus ho
veredas au
carriado
ni detene
lo es aseg
mover el
el emble

Propi
caso de s
yo sé de
dose de é
buena al
ser Ob-e
blar un
estos señ
El c

declarar casi en todas partes por la civilización y por la libertad, y aunque hay todavía muchos obstáculos que vencer, grandes riesgos que arrostrar, el fin de la lucha no puede ser dudoso. El despotismo fue vencido cuando estaba en toda su integridad. ¿No lo será hoy que se halla dividido y debilitado?

Observemos lo ocurrido en Europa desde el principio de la lucha: la libertad había casi desaparecido de sobre la faz de la tierra, las repúblicas mismas no conocían este don precioso, este presente de la divinidad y la más célebre de ellas, la famosa Venecia abrigaba en su seno la peor de las tiranías, la de los oligarcas. Inglaterra y algunos cantones de la Suiza eran quizá los únicos países del globo en que se gozase alguna libertad, pero aun esta desfigurada, vacilante y moribunda; y su ejemplo hacia muchos años y aun siglos que estaba patente á los pueblos, sin excitar en ellos la menor idea de emulación ni de envidia. La emancipación del hombre no podía deberse á la imitación rutinera: para conmovier al mundo, era necesario una gran palanca, una fuerza superior, y esta fuerza solo podía derivarse del desarrollo de la razón humana. Unas cuantas páginas de verdades eternas, pero sobre las que apenas se había parado hasta entonces la atención, arrojadas por algunos hombres oscuros en medio del torbellino de opiniones y de intereses encontrados, fijaron como por una especie de prestigio todas las atenciones, suspendieron todos los debates existentes, é hicieron fermentar en las sociedades un movimiento nuevo y desconocido. Apenas se pensó en otra cosa desde entonces que en poner en práctica aquellas verdades, que en volver al hombre la dignidad de su especie. Los americanos del norte se decidieron los primeros, y el éxito mas feliz y halagüeño corona sus esfuerzos: su ejemplo se comunica como la electricidad, instantáneamente: la Europa arde en un fuego oculto y desconocido, que los gobiernos y las clases dominantes tratan de sofocar en vez de darles respiraderos convenientes, y la explosión es por lo mismo mas formidable. La Francia proclama los nuevos principios, las clases privilegiadas acostumbradas en toda Europa á oprimir al pueblo, á vivir á costa de sus sudores, y á convertir esclavamente en su provecho los beneficios de la sociedad, se conjuran contra las nuevas doctrinas, y ¡oh desgracia! logran asociar á su infanda liga, á los tronos, y á los reyes. La revolución atacada de este modo en su cuna por enemigos tan poderosos está casi á punto de perecer, pero la desesperación le suministra nuevas armas, nuevos medios de defensa: los hombres moderados y filósofos que habían comenzado el movimiento, ceden su puesto á los exagerados y ardientes, estos se defienden, pero desearriando la revolución de sus principios, sacándola de la verdadera senda y empeñándola en un camino lleno de dificultades y peligros, y lo que es peor, de escresos y de crímenes.

¿Pero qué se consiguió con semejantes medios? ¿acaso detener el movimiento? Tiéndase la vista sobre el mapa político de la Europa, y aun de todo el mundo y se verá la inutilidad de todos los esfuerzos que se han hecho para contener la propagación de los nuevos principios sociales: la libertad se ha extendido en ambos hemisferios de un modo prodigioso, y todo anuncia que muy en breve dará la vuelta al mundo entero.

El hombre de menos razón debe, pues, conocer ya que no la justicia y conveniencia, al menos la necesidad de ceder al torrente; las esperanzas que con algun fundamento pudieron años pasados concebir los oligarcas de volver á sus pasados gozes, á las antiguas ollas de Egipto, deben haber desaparecido de toda cabeza racional: los tronos han aprendido ya que sus intereses son los de los pueblos, y no los de la oligarquía y de la teocracia: se han aliado con ellos, y esta alianza que en otro tiempo dió el primero y mas fatal golpe á la hidra del feudalismo, acabará por último de aterrarle y de cortarle hasta la última cabeza.

Trazada, pues, está por las circunstancias, por la tendencia irresistible del siglo la marcha única que hay que seguir; todo verdadero hombre de estado debe entrar francamente en ella. La libertad en todas sus bases, en todas sus combinaciones debe ser su norte: hacia ella debe dirigir todos sus pasos, todos sus esfuerzos, y cada adelante que haga en esta causa será un nuevo título á la pública gratitud. La senda está abierta y marcada, pero se equivocaría el que creyese que podía lanzarse en ella con precipitación: mil escollos mil precipicios la cercan; á un lado el poder absoluto con todos sus horrores, al otro la anarquía con todos sus desórdenes; veredas ambas en que quizá con los mejores deseos se han desearriado muchos inconsiderados. Es, pues, preciso no pararse ni detenerse un solo instante en la marcha, pero tambien lo es asegurarse de haber pisado en terreno firme antes de mover el pie adelante. El festinaro lento debe en el día ser el emblema de todo hombre político.

EL DESPOTISMO Y LOS DESPOTISMILLOS.

Propio es de todo hombre de forma querer que se haga caso de su familia; el despotismo tiene hijos y aun nietos, y yo sé de buena tinta que anda amostazado, porque hablandose de él en periódicos, tertulias y corrillos, no hay una buena alma que se acuerde de su non-rosa descendencia. El ser Observador no me impide ser atento, y así quiero hablar un rato de los despotismillos, para que lo que diga de estos señoritos borre el desaire que siente su papá respetable. El *creced y multiplicaos*, que dijo el Criador á los seres

físicos, alcanzó también á los seres morales; una virtud produce otras virtudes, un vicio pare vicios, una mentira trae nuevas mentiras, *et sic de ceteris*, hasta parar por ahora en el señor despotismo ser moral de muy buen carácter, que en dejándole hacer cuanto quiere no se mete con nadie, y de tan buen temple, que lo mismo se aviene á colocarse en el trono al lado de un monarca, que á tumbarse sobre la estera que sirve de alfombra á un soberano negro del África, ó á sentarse entre las numerosas asambleas democráticas. En todas partes es el mismo, y hay muchos que aseguran que jamas luce tanto sus gracias, ni desplega con mas brio sus fuerzas, que cuando toma el nombre de despotismo popular. Es tambien de advertir que se parece á la celebre ave Fenix, pues si muere como ella violentamente, renace; y entonces, Dios nos la depare buena. Cuando llega tranquilamente á cumplir algunos siglos es débil como todo viejo: oculta su ferocidad con una dulzura que encanta: los mismos que le obedecen apenas le conocen, y mucho menos si hay abundancia de dinero, mucho lujo, distinciones &c. &c. ¡Oh! entones ya se puede decir, que sujeta á sus vasallos con cadenas de flores; pero desgraciado el pueblo que le ve en su juventud: no hay fiera mas astuta para buscar su presa, ni mas cruel para devorarla.

Mozo ó viejo no cesa de tener hijos, aunque no hay hembra de su especie. Esto no es extraño: Júpiter no necesitó muger para parir á Minerva. Los despotismillos apenas pueden andar se separan de su padre, y cada cual toma su rumbo. Parece por las señas que fijan su residencia cerca de los palacios, y conociendo por el olfato como los perros, ó por su instinto natural el jefe de un ramo que es aficionado á ellos, se le meten en el bolsillo ó en el pecho, y en pequeño hacen lo mismo que su papá en los palacios. No es decir por esto que no haya tambien despotismillos para todas las clases, aun las menos significantes: se los ha visto ocupar su lugar en las porterías de las oficinas y en las mismas casas particulares. Tengo para mí que son como aquellos celebres diablitos familiares de que tanto se habló *in illo tempore*, que con ser diablitos, que es lo peor que hay que ser, eran tan docilitos como se dejaban encerrar en una sortija, ó en una redoma como la que servía de prision al diablo cojuelo. Una diferencia en encuentro, y es, que los tales familiares hacían mil cosas buenas, enseñaban la música en un momento, daban noticias de países remotos, cosa tanto mas útil cuanto en aquel entonces no se usaban diligencias ni vapores, y aun familiarcito hubo que sirvió de caballo para trasportar desde España á Roma en pocos minutos á un célebre personaje. Por el contrario, el despotismo y sus chiquillos maldita la cosa buena hicieron, ni tienen una pizca de complacientes, pues aunque sea verdad que de cuando en cuando saben hacer favores á ciertos amigos, tambien lo es que á lo mejor plantan al favorecido un palo que le dejan como tonto.

En fin, el punto á que yo quería venir es, el manifestar que existen despotismos chiquitos, y que á su manera hace cada cual en su ramo el mismo daño que el despotismo padre hace en la totalidad de las naciones, y ya que gracias á Dios y á nuestra inmortal Cristina, podemos hacer la guerra á ese fantasma con las armas de la razón, será muy justo que tambien ataquemos á su descendencia.

Esto se logrará sin duda con los buenos reglamentos que necesitan todos ó casi todos los ramos de la administración; con la facilidad de indicar en los papeles públicos los abusos de los subalternos, que á veces suelen ser mayores que los de los gefes; con deslindar bien las atribuciones de cada destino, fijar un tiempo regular al despacho de los negocios, y velar cuidadosamente el que se cumpla. La morosidad en ciertos casos y negocios no solo es perjudicial al individuo, sino que es un instrumento muy seguro, y del cual con grandes ventajas sabe servirse la intriga. ¿Cuántas veces la autoridad ha resuelto una cosa, y aquellos á quienes disgusta se valen del que ha de estender los oficios, y atándole las manos ganan el tiempo necesario para poner en juego tan poderosos resortes que impiden tenga efecto lo que iba á mandarse? ¿Y cuántas otras se da sepultura en un legajo á ciertas reclamaciones á fin de que no recaiga determinación ó nunca ó á lo menos en mucho tiempo? Pues estas y otras muchas son las gracias de los despotismillos y que sin causa se suelen atribuir á la superioridad que no tiene la culpa. Así es muy ventajoso para ella misma el cortar los vuelos á estos hijos de tan mal padre, y estoy seguro de que los que han maneado negocios mas veces han temido lo que no quieren hacer los subalternos, que lo que quieren hacer los superiores. Si tanto se clama porque se establezca la responsabilidad del ministerio es muy justo se clame tambien por que se determine la de los subalternos, pues si ellos no deciden los negocios influyen mas que parece en sus decisiones, puesto que dirigen todo su curso, que es el que las prepara.

APERTURA

DE LAS CORTES GENERALES DEL REINO,

Reunidos á las 11 del día los dos Estamentos de ilustres Próceres y señores Procuradores del Reino en el salon de las sesiones de los primeros como estaba prevenido de Real orden, se nombró una comisión para recibir á S. M. la Reina Gobernadora. Luego que la salva de artillería anunció que S. M. salía de Palacio, se dirigió la comisión nombrada y los cuatro maceros de Cortes á la puerta del edificio, y á su tiempo recibieron á S. M. y al serenísimo Sr. Infante D. Francisco de Paula, con las formalidades correspondientes, acompañándolos hasta el trono: Sentóse en este S. M. y en una silla inmediata S. A., quedando toda la comitiva Real á los pies del salon, y los ilustres Próceres y señores Procu-

radadores del reino de pie en sus respectivos sitios, hasta que tambien tomaron asiento de orden de dicha augusta Señora. El escelentísimo Sr. Presidente del consejo de Ministros presentó á S. M. el discurso de apertura de las Cortes, quien con voz clara le leyó, siendo como sigue:

Ilustres Próceres y Procuradores del Reino.

Al verme en este día en medio de vosotros, próxima á prestar el juramento prevenido por las leyes fundamentales de la Monarquía, como Reina Gobernadora, la primera necesidad de mi corazón es manifestaros los sentimientos que le animan, y las gracias que doy á la divina Providencia por haber accedido á mis votos.

Unir estrechamente el trono de mi escelsa Hija con los derechos de la nación, dando á unos y otros por comun cimiento las antiguas instituciones de estos Reinos, que elevaron á tan alto punto su prosperidad y su gloria, tal es el noble objeto que me he propuesto, y del que no cabe un testimonio mas público y solemne que el vuestro congregados en este recinto.

A pesar de la satisfacción que de ello me resulta, me es al mismo tiempo doloroso que este acto augusto se verifique en medio de la calamidad que allige á varias provincias de la Monarquía, y que ha estendido sus estragos hasta esta capital; y aun mas sensible me es, si cabe, que prevaleciendo del terror que infundió la aparición repentina de esta plaga, que ha causado tambien en otros países lamentables desórdenes, se hayan cometido por hombres malévolos delitos tan ajenos del carácter noble y bizarro del pueblo español, que no pueden recordarse sin una indignación profunda. Las leyes castigarán tamaños atentados, pero si creyese que es necesaria vuestra cooperación para impedir que se repitan bajo ningún pretexto, la reclamaré con confianza; como que se trata de defender la base misma de la sociedad, el mantenimiento del orden público y la protección de la vida y propiedad de los particulares.

Tambien me causa sentimiento que el primer asunto grave que haya de presentarse á vuestra deliberación sea la conducta observada por un mal aconsejado Príncipe, que aun en vida de su Rey, de su hermano, empezó á dar muestras de sus ambiciosos designios, y que despues de la muerte de mi augusto Esposo (Q. E. E. G.), ha intentado por medio de la guerra civil arrebatar el cetro á su legítima heredera.

La costumbre inmemorial y las antiguas leyes fundamentales de la Monarquía, la práctica observada en casos semejantes, la imparcialidad, la justicia, todo me imponía el deber de someter á vuestra deliberación un asunto de tanta trascendencia: mas aun cuando hubiera podido prescindir de tan sagrada obligación, como guardadora de los derechos de mi escelsa Hija, ni podía ni debía olvidar que la tranquilidad presente y la suerte futura de estos Reinos penden quizá de vuestra decisión; ella será digna de vosotros, y la Nación la aguarda tranquila.

No contento aquel Príncipe con promover la rebelión dentro del propio Reino, atizaba el fuego de la guerra civil desde un Estado vecino, y aun amagaba entrar á mano armada por aquella frontera: en estas circunstancias, el deber de la propia defensa dictó las medidas enérgicas que reclamaban á la par la justicia, la política, el decoro de la Nación: las tropas españolas penetraron en Portugal, no para vulnerar la independencia agena, sino para defender derechos propios; y en el término de breves dias se puso fin á la contienda, y los dos Principes que perturbaban con su presencia la tranquilidad de la Península, se vieron arrojados de su territorio: desengaño y escarmiento reciente, que anuncia el éxito que tendria cualquiera loca tentativa.

Al propio tiempo que se terminaba la cuestión de Portugal, se ratificaba en Londres el tratado solemne que tenía por objeto un fin importantísimo, no solo para la tranquilidad de dos reinos, sino para la paz y sosiego de Europa; complaciéndome en manifestar, con este motivo, las amistosas disposiciones de que me estan dando repetidos testimonios mis augustos aliados, el rey de los franceses y el rey del Reino Unido de la Gran-Bretaña é Irlanda, así como la buena armonía que felizmente existe entre el gobierno de S. M. Fidelísima doña Maria II y el de mi escelsa Hija; siendo tantos y tan estrechos los vínculos que unen la suerte de uno y otro Reino, que bien puede decirse que se atiende á la causa propia acudiendo á la comun defensa.

Otras varias potencias, ademas de las mencionadas, han renovado esplicitamente sus relaciones políticas con el Gobierno español, despues del advenimiento al trono de mi augusta Hija: y por mi parte he reconocido algunos nuevos estados, ya por creerlo conforme á las reglas de una sana política, y ya para no ocasionar entorpecimientos y perjuicios á la navegación y comercio de los naturales de estos Reinos.

Hubiera sido de desear que todos los gobiernos hubiesen correspondido igualmente á las benévolas disposiciones del gabinete español; pero aunque ninguno de ellos haya mostrado intención ni deseo de entrometerse en nuestros asuntos domésticos, algunos han suspendido hasta ahora reconocer á Mi augusta Hija como Reina de España. Las leyes de la monarquía la han elevado al trono, la voluntad manifiesta de la nación la sostiene; la razón y el tiempo harán que se tribute el debido homenaje al principio conservador de la legitimidad.

El cuadro que presenta la situación interior del reino está lejos de ser tan halagüeño como vuestro patriotismo deseará; mas á pesar de los obstáculos que ha opuesto el estado de sublevación de unas provincias, el desasosiego de otras, la escasez del Erario, la plaga que está asolando á gran parte del reino, se ha conseguido minorar los males irremediables en situación tan critica, plantear al mismo tiempo saludables reformas, realizar en breve plazo la reunion de las Cortes, vencer por todas partes á las bandadas rebeldes, aumentar la fuerza del ejército, acrecentar en un reino vecino el credito de nuestras armas; y para cubrir tantas atenciones, á cual mas importante y urgente, la decisión y entusiasmo de la nación han escusado tener que exigir á los pueblos graves sacrificios.

La fidelidad del ejército, su constancia y denuedo, que tan acreedor le hacen á mi especial benevolencia, reclaman de vosotros que me auxiliéis con vuestras luces para perfeccionar este ramo importante del estado; conciliando el bienestar de los valientes defensores del trono y de la patria con lo que exigen el estado actual de la nación y las demas atenciones del erario.

A este fin seos pondrán de manifiesto así las varias obligaciones que tiene que cubrir el gobierno, como los recursos con que cuenta, y los medios extraordinarios de credito á que habrá de acudir por esta vez, ya en razón de pérdidas y desfalcos anteriores.

res, ya á causa de las circunstancias del día, y ya en fin para no aumentar el gravamen de los pueblos. Mas como de suyo es dañoso, y llegaría hasta ser imposible, el apelar con frecuencia á recursos extraordinarios: el mejor orden en la administración, una prudente y severa economía, la publicidad, la intervención de las Cortes en el presupuesto de gastos y en la imposición de contribuciones, conducirán en breve al término deseado de equilibrar los recursos ordinarios de la nación con sus necesidades. Cuya esperanza es tanto mas fundada cuanto estribará además en un arreglo de toda la deuda extranjera, compatible con nuestros medios actuales y apoyado en la franqueza y buena fe, que es la norma de mi gobierno, como asimismo en la mejora de nuestra deuda interior y en su extinción progresiva, facilitada por los recursos que se le podrán ir aplicando con prudente detenimiento y despues de profundo examen.

Mis secretarios del Despacho os darán tambien conocimiento de las reformas practicadas en varios ramos de la administración: la division del territorio, la separación y deslinde entre la parte administrativa y la judicial, la supresion de antiguos consejos y las nuevas audiencias creadas en beneficio de algunas provincias, las muchas trabas que se han quitado al desarrollo de la riqueza pública, el alivio concedido á los pueblos de varias exacciones onerosas, y otras mejoras que se estan preparando, os mostrarán mi solícito anhelo, y ofrecen ya á la nación las mas lisonjeras esperanzas. No se ocultará sin embargo á vuestra ilustración y prudencia que no es cosa bacedera remediar en pocos meses los males amontonados por espacio de siglos, y que mas de una vez el mismo afán de querer suplir el hombre lo que ha de ser obra del tiempo, ha podido malograr el buen éxito y aventurar el destino de las naciones.

El Estatuto Real ha echado ya el cimiento: á vosotros os corresponde, ilustres Prínceres y señores Procuradores del reino, concurrir á que se levante la obra con aquella regularidad y concierto que son prendas de estabilidad y firmeza.

Por lo que á mi toca, siempre me hallaréis dispuesta á cuanto pueda redundar en bien y provecho de España: aun en los pocos dias que ejercí interinamente la potestad suprema, por voluntad de mi augusto esposo, manifesté cuales eran mi intención y deseos: borrar con el olvido los vestigios de males pasados, plantear en la actualidad las reformas posibles, y preparar con la ilustración otras mejoras para lo porvenir. Cualesquiera que sean los obstáculos que encuentre en tan difícil senda, espero superarlos con el favor del cielo, ayudada de vuestros esfuerzos, y contando con el apoyo de la nación: para mirar como propias su felicidad y su gloria, me basta recordar que soy Madre de Isabel II, y nieta de Carlos III.

Concluida la lectura, el maestro de ceremonias anunció que iba á procederse al acto solemne del juramento, y los ilustres señores Patriarca de las Indias y Presidentes de ambos Estamentos, se acercaron al trono, leyendo el primero la fórmula prescrita para S. M. la Reina Gobernadora, la cual prestó su juramento, haciendo lo mismo el serenísimo señor infante D. Francisco, luego que le fue leída la fórmula del que le correspondía.

El mismo señor Patriarca leyó en seguida el que debían hacer los ilustres señores Prínceres y Procuradores del reino, quienes de dos en dos se fueron acercando á una mesa en donde estaba abierto el libro de los santos Evangelios, y pronunciaban en voz alta al mismo tiempo. "Si juro", pasando en seguida á otra mesa á dar su nombre para que fuese anotado.

Del Estamento de ilustres Prínceres del reino, prestaron juramento los escelsentísimos señores siguientes:

Duque de Baylen.
Conde de Guaquí.
Conde de Pinofiel.
Conde de Clavijo.
Don Fr. Hipólito Sanchez Rengel, Obispo de Lugo.
Don Antonio Marsinez, decano de la seccion de Hacienda del Consejo Real.
Marques de las Amarillas.
Don Pedro Martinez de San Martin, obispo de Barcelona.
Don Javier de Burgos.
Conde de Puñonrostro.
Don Diego Clemencin.
Conde de Ofalia.
Don José Maria Puig.
Conde de Casa Sarria.
Don Martin Fernandez Navarrete.
Don Manuel Frayle, patriarca de las Indias.
Conde de Venadito.
Don Ignacio de la Pezuela.
Don Juan Alvarez Guerra.
Don Eusebio Bardají y Azora.
Conde Gonzalez Castejon.
Don Ramon Gil de la Cuatra.
Marques de Montealegre, conde de Oñate.
Marques de Santa Cruz.
Don José Juan Bonel y Orbe, obispo de Córdoba.
Don Justo Maria Ibar Navarro.
Duque de Ribas.
Don Antonio Cano Manuel.
Arzobispo de Mejico.
Conde de Monterron.
Duque de Medinaceli.
Conde de Atarés.
Marques de la Candelaria de Yarayale.
Conde de Sástago.
Duque de Híjar.
Conde de Humanes.

Marques de Albaire.
Conde de Parcent.
Marques de Malpica.
Marques de Monreal y de Santiago.
Duque de Urbik y Alba.
Marques de San Felices.
Arzobispo de Burgos.
Obispo de Valladolid.
Obispo electo de Almería.
Conde de Santa Ana.
Marques de San Martin de Hombreira.
Conde de Taboada.
Duque de Gor.
Duque de Veraguas.
Don José Manuel Quintana.
Conde de Toba.
Marques de Guadalcázar.
Marques de Santa Cruz y San Estevan.

La lista de los señores Procuradores del reino que juraron, no pudo haberse á las manos por haberla recogido y guardado el señor secretario de dicho Estamento.

Concluido el acto del juramento, el Excmo. señor presidente del consejo de ministros, publicó á nombre de S. M. hallarse instaladas las Cortes del reino. Salíó S. M. acompañada de la comision, y cuando esta hubo regresado, anunció el Excmo. señor duque de Baylen, que el Estamento de ilustres Prínceres tendría su primera sesion á las doce del día de mañana, con lo que se concluyó la de este día.

Continúa el artículo sobre las riquezas del reino mineral.

Una mina no puede considerarse como una propiedad particular en la cual pueda el dueño hacer lo que quiera, pues de la ruina de una fabrica ó establecimiento rural solo puede proveñir al estado un mal temporal, mediante á que no es difícil restablecerla, pero una mina interesa al estado, si se abandona cuesta las mas veces capitales inmensos para volverla á labrar caso que sea posible, y si se labra mal, es decir, que solo se trata del provecho del momento, sin atender á las reglas, se agota con facilidad y pueden provenir ruinas que impidan en lo sucesivo su laboreo.

Una mina es además un capital que mientras no se labra está enterrado sin dar producto alguno, y el estado tiene interes en sacar de ella la mayor utilidad posible.

Es muy conveniente que las minas en general se hallen en manos de particulares, pues siempre estos las mirarán con mas interes que los empleados del gobierno. El reglamento de 1825 esta fundado en esta base, y hace honor al digno gefe que lo propuso y planteó el haber sentado el principio de libertad minera, principio que puede producir muy óptimos frutos.

A pesar de todo es indispensable no dejar una libertad absoluta al propietario particular, pues como ya hemos dicho es espuesto á que este no atienda mas que á su interes momentáneo y á sacar todo el fruto posible de la mina sin trabajar los puntos que no le dejan suficiente ganancia y sin cuidar de la seguridad de los trabajos á efecto de tener menos gastos y de conseguir mayores utilidades.

La nación está interesada en que las minas sean bien trabajadas, para que en caso de que por causas imprevistas tuviesen que abandonarse, no haya hundimientos y puedan volverse á laborear; lo está igualmente en que se extraiga todo el mineral que se encuentre, aunque de esta estraccion no resulten grandes utilidades al propietario, para no tener que recurrir al extranjero por el metal, ó bien para extraer la mayor cantidad posible; pues de quedarse alguna parte por extraer, resulta para ella una riqueza sin utilidad.

El combinar la libertad minera con los intereses de la Nación, debe ser el primer objeto que debe llamar la atención del gobierno.

Dejando nuestra ley de minas una libertad indefinida, el propietario ha sido la causa de que muchas minas no dejan al estado la utilidad que deberian. En las Alpujarras se tiene un ejemplo palpable de nuestro aserto, pues allí no se vé sino una explotación imperfectísima y peligrosa, ó de rapia como se llama, no atendiendo los propietarios sino á extraerlo mas que pueden y con los menos gastos posibles, así es que, por la mala dirección de los trabajos han resultado varias mineras victimas de descuidos y de economías mal entendidas, y otras se han abandonado cuando el estado estaba interesado en su laboreo. Tanto las desgracias sensibles bajo todos aspectos cuanto la pérdida para el estado de las que se han dejado de laborear se hubiera evitado: si la libertad de trabajar no fuere absoluta sino que se obligase al propietario á trabajar de la misma manera los puntos ricos que los pobres, y á que abriese constantemente galerías de investigación, en donde fuesen necesarias.

Hay además otro inconveniente cuando la elaboración de minas es de una libertad absoluta, pues que estrayéndose en corto tiempo una gran porcion de mineral, su precio en los mercados extranjeros baja en razon de su abundancia, y se pierde una riqueza efectiva por el menor valor que resulta de ella. Esto ha sucedido precisamente en las minas de las Alpujarras. El aliciente de las grandes utilidades que obtuvieron los primeros que trabajaron, fue causa de que muchos se dedicasen á este ramo de industria, y estrayendo una cantidad inmensa de mineral, se llegó á poner tan barato el plomo en los mercados extranjeros, que en estos últimos años las utilidades que han dejado las minas han sido cortísimas, y aun algunas empresas han sido por esta causa abandonadas.

Las enormes contribuciones que gravitan sobre esta industria tanto, cuando la mina esta en buen estado y deja grandes utili-

dades como cuando está en pérdida, son causa por otra parte de su decadencia. Algunas de estas contribuciones, como por ejemplo, la que se paga para la construcción del teatro de la plaza de Oriente de esta Corte, son injustísimas. La inexactitud con que estan marcados los límites de las concesiones, son tambien causa de que algunas veces entrándose los trabajos de una mina en los de la contigua, haya pleitos que, originando grandes gastos, contribuyen á la decadencia de las empresas. Sin que deba entenderse que la inexactitud de los límites sea la misma causa de entrarse en la propiedad ajena, pues á las veces habrá sido la codicia la que á sabiendas habrá producido este mal: pero en este caso la empresa pierde por su culpa, y al gobierno toca evitar que los que obran de buena fe puedan sufrir semejantes perjuicios. Además de los inconvenientes que hemos manifestado, acarrea la libertad absoluta de que gozan los propietarios, ocasiona otro grave mal: que se estrae del reino cantidad de mineral en bruto, es decir, sin reducir al estado de metal, resultando á la nación el grave perjuicio de no quedar en ellas las cantidades que tienen que costar para reducirlos.

ESTADO SANITARIO DEL REINO.

Provincia de Alicante.

Con fecha 19 del corriente participa el gobernador civil de esta provincia que en aquella capital se continuaba gozando de buena salud, añadiendo que en los pueblos que segun en el último parte se hallaban afligidos con enfermedades sospechosas, y en otros que últimamente habia manifestado hallarse en este desgraciado caso, seguan aquellas su curso regular, sin que por el momento ocurriese cosa que agravase la situación de unos ni de otros.

Provincia de Cuenca.

El gobernador civil de ella avisa con fecha 19 del actual que en el pueblo de Villar de Cañas habian aparecido el día 15 algunos síntomas sospechosos, ascendiendo á 44 el total de los que hasta el día 18 del mismo habian caído enfermos; de cuyo número habian curado en el propio tiempo 15, falleciendo 6: dice asimismo que habia recelo fundado de que en Casas de Benitez y Castillejo de la Iniesta existia la misma enfermedad, y que para dictar las providencias oportunas y auxiliar en cuanto le fuese dable á los pueblos invadidos, se habia trasladado á la inmediación de Villar de Cañas, en donde instruido de que el mal se presentaba con benignidad, y despues de tomar varias disposiciones y de dejar al profesor de Medicina D. Francisco Martinez Billesteros que se ofreció voluntariamente á quedar en Villar de Cañas, pasaba á informarse por sí mismo del estado en que se hallaban los pueblos de Casas y Castillejo.

Provincia de Madrid.

El gobernador civil manifiesta que la enfermedad que affige el pueblo de Arganda causaba graves estragos; que habia dictado varias providencias para auxiliar á dicha población; que en otros pueblos de la provincia se habian manifestado casos sospechosos, y concluye acompañando el siguiente

Barajas.—Del 14 al 20 de julio. Enfermos 8, curados 3, fallecidos 2.

Fuencarral.—Del 12 al 20. Enfermos 62, curados 3, fallecidos 14.

Morata.—Del 19 al 20. Enfermos 47, curados 20, fallecidos 8.

Ballecas.—Del 20 al 21. Enfermos 50, curados 11, fallecidos 8.

Provincia de Murcia.

Con fecha 19 del presente dice el gobernador civil de esta provincia que la enfermedad que se habia manifestado en Lorca no se presentaba con síntomas alarmantes, y que así en la capital como en los demas pueblos invadidos segua la enfermedad su curso ordinario.

Provincia de Toledo.

El gobernador civil avisa en oficio de 20 del actual, que en las villas de Consuegra y Mora continuaba la enfermedad y sus consecuencias, casi lo mismo que en la fecha del parte anterior.

Espectáculos.

TEATRO DEL PRINCIPE. A las ocho y media de la noche: *La Sonnámula*, ópera en dos actos, música del maestro Bellini.

TEATRO DE LA CRUZ. A las ocho y media de la noche: *Paul, ó Corsos y Genoveses*, drama en tres actos, no representado en estos teatros desde el año de 1826. Baile nacional, y el sainete titulado *El robo de la Burra*.

Este periódico se suscribe en Madrid en el despacho principal del *Observador*, calle del Principe número 5 y 6 esquina á la de la Visitación, en la librería de la viuda de Cruz frente á las gradas de San Felipe, ó de Orea calle de la Montera, y en la de Sanchez calle de la Concepcion Gerónima.

En las provincias en las librerías de *Pferrer*, Barcelona; *Hortal*, Cádiz; *Ferris*, Valencia; *Hidalgo*, Sevilla; *Garcin*, Eibao; *Sanz*, Granada; *Calvete*, Coruña; *Hernandez*, Murcia; *Rey Romero*, Santiago; *Bianco*, Salamanca; *Arniz*, Burgos; *Longas*, Pamplona; *Riego*, Santander; *Ps*, Plasencia; *Verard*, Córdoba; *Cervada*, Huelva; *Arce*, Jaen; *Carreras*, Málaga; *Rodriguez*, Valladolid; *Yagües*, Zaragoza; *Biera*, Reus; *Pazos*, Orense; *Buero*, Jerez; *Gasp*, Palma; *Viuda de Carrillo*, Badajoz; *Benedico*, Cartagena; *Bisual*, Gerona; *Lofita*, Barbastro; *Longano*, Oviedo; *Loez*, Logroño; *alle de la Botica*, en Huelva; *A gencias*, don Antonio Sierra.

MADRID, 1834: IMPRENTA DE DON TOMAS JORDAN, á cargo de M. Macias

Ayuntamiento de Madrid